

jandría privada de la dicha de ser gobernada por el mas cumplido caballero del Sur del Mediterráneo. De ese socorro, considerando quién y qué cosas estaban en peligro, hablaremos en capítulo aparte.

## CAPITULO XVII.

### EL RAYO DE LUZ PERDIDO.

El último promontorio azul de Sardinia iba desapareciendo al Noroeste en el horizonte, y una constante brisa impelia innumerables buques, restos del armamento de Heracliano, hácia la costa de Africa. A lo lejos, bajo un cielo despejado de nubes, las blancas velas relucian en el abrigantado mar, tan alegremente á la sazón, en que pesaban sobre ellas la vergüenza y la desgracia, el terror y la pena, como cuando un mes antes llevaban consigo locas esperanzas y atrevidos proyectos. ¿Y quién es capaz de calcular las miserias de aquella deplorable fuga?.... Sin embargo, no era mas que una, y de las me-

nos conocidas y mas triviales tragedias de aquella desgraciada edad; una ligera convulsion en medio de los dolores sin número que arrastraban á su disolucion á la Babilonia de Occidente. Su hora habia llegado.... Como San Juan la habia contemplado en su vision, cumpliase su merecida sentencia, agonía tras agonía. Tirana de todas las naciones, se habia sentado sobre la mística bestia.... cimentando su poder en los apetitos animales de sus victimas y esclavos; pero aun mas que á ellos se habia engañado á sí misma. Amargas lecciones le habian mostrado que no se pertenecia; que pertenecia á la bestia, á la cual los reyes de la tierra, sus vasallos, habian dado su poder y fuerza, contribuyendo á arruinarla y destruirla la misma ferocidad y la misma concupiscencia que les habia inspirado tan arteramente.... Embriagada con la sangre de los santos; impidiéndole su orgullo y envidia conoer que durante muchos siglos se habia ocupado en sofocar y estirpar en su imperio todo lo que era noble, puro, regenerador, divino, yacía impotente y delirante, presa de cualquier aventurero, esclava de sus



esclavos. . . . “Y los reyes de la tierra que habian pecado con ella, aborrecian á la prostituta, la despojaron de sus ropas, devoraron su carne y la quemaron con fuego. Porque Dios habia puesto en sus corazones que obedeciesen su voluntad y que diesen sus reinos á la bestia hasta que se cumplieran las palabras del Señor. . . .” Por todas partes la sensualidad, la division, el odio, la traicion, la crueldad, la incertidumbre, el terror. . . instrumentos del furor divino, dominaban. . . ¿Cuál sera el fin de todo esto? preguntaba cada hombre al que tenia mas cerca, de generacion en generacion, y la única respuesta era: “Mejor es morir que vivir.”

Sin embargo, en un buque de aquella triste escuadra habia paz; paz en medio de la vergüenza y el terror. . . en medio de los lamentos de los heridos y los ayes de los moribundos. . . en medio de la desesperacion. Las grandes triremes y quinqueremes dejaban atrás á los pesados trasportes, sin acordarse en su ánsia por verse seguras, de que dejaban al mayor número de sus compañeros sin defensa á retaguardia; solo en un pequeño barco no se oian humil-

des súplicas ni amargas imprecaciones cuando pasaban impelidas velozmente por sus poderosos remos. Una tras otra, se las veia todos los dias salir de la alta mar del Norte, cada una semejante á un enorme dragon de cien piés, estremeciéndose como asaltadas de terror á cada fuerte movimiento de sus remos, y rizando el agua á derecha é izquierda con el poderoso empuje de su espolon, mientras que desde la proa alguna gorgona ó químera, algun elefante ú oso, miraba con inflamados ojos hácia la costa de Africa, cual si no tuviese la mente fija, como los séres humanos que conducia, sino en el resultado de aquella fuga. Al pasar, alguna voz gritaba á popa, sembrando por un momento el terror en los corazones, que la escuadra napolitana del emperador venia persiguiéndolos. . . Los soldados que iban á bordo del pequeño buque, miraban silenciosamente y con firmeza el grave y sereno rostro del prefecto, y Victoria le vió estremecerse y apartar los ojos. . . Ella permanecia de pié entre aquellos hombres endurecidos en los combates, semejante á una diosa, esclamando: “El Señor protegeria á sus fieles;” y ellos



la creían y continuaban en silencio. Por último, al cabo de muchos días y después de pasar muchos barcos, el suyo, que hasta los trasportes y buques mercantes dejaron atrás por la circunstancia de no contar más que con su vela cuadrada, quedó solo en medio de los mares.

¿Y dónde estaba Rafael Aben-Ezra?

Estaba sentado, con la cabeza de Bran entre sus piernas, á la entrada de un tendal de popa, que protegía á los heridos contra el sol y las salpicaduras del mar, y desde allí oía las dulces voces de Victoria y su hermano, quienes cuidaban á los heridos como ángeles, ó les leían palabras de divina esperanza y consuelo.... ajenas á su corazón.

—Como soy, que quisiera en este momento cambiar de sitio con alguno de esos miserables, para que esa voz me dijera tales palabras.... y yo las creyese.....

Y prosiguió leyendo el manuscrito que tenía en la mano.

.....

.....

.....

—¡Bien! dijo para sí suspirando al cabo de un rato: á lo menos es la más

completa, si no la más consoladora idea de nuestros destinos, que he visto desde que deseché la creencia de mi nodriza, de que la descendencia de David debía conquistar toda la tierra y establecer un segundo imperio romano en Jerusalem, peor que el actual, con la única diferencia de que los demonios de la superstición y la hipocresía se agregarían á los de la tiranía y el robo.

Al llegar aquí, sintió que una mano le tocaba en el hombro, y una voz le preguntó:

—¿Cuál es esa idea tan consoladora?

—¡Ah! ¡mi querido general! dijo Rafael levantando los ojos. ¿Qué tenemos que almorzar esta mañana? ¿Huesos de caballo estofados, ó las grandes botas de mi amigo el decurion?

—Algo mejor que eso; aun queda un poco de carne de caballo, y se ha cogido algun pescado.... por especial favor de Dios para con nosotros. Pero ¿qué era eso de que hablabas á solas y que calificabas de idea consoladora sobre esta ó la otra materia?

—Verdaderamente, si no has de descubrirme á tu hijo ni á tu hija, ni has de considerar que me he entregado bajo



ningun concepto, te diré que aludia á la idea de Pablo de Tarso sobre la historia y los destinos de nuestra orgullosa nacion. ¡Mira lo que tu hija me ha persuadido á que lea!

Y le mostró un manuscrito de la Epístola á los hebreos.

—Esto está escrito en malísimo griego, continuó; pero no se puede negar que encierra una filosofía profunda. Conoce mejor á Platon que todas las damas y señores de Alejandria, si es que mi opinion en el asunto es de algún valor.

—Yo no soy mas que un soldado sin voto en el particular. Conocerá ó no conocerá á Platon, pero de lo que estoy seguro es de que conce á Dios.

—Despacio, dijo Rafael sorriéndose; ignoras que he empleado los últimos diez años de mi vida entre hombres que se decian dotados de ese mismo conocimiento?

—Tambien agustin empleó los diez mejores años de su vida entre ellos, y ahora combate los errores que antes enseñaba.

—¿Por haber encontrado alguna cosa mejor, segun cree?

—En efecto. Pero le hablarás á él en persona y argüerás sobre esto con uno que sepa argüir. Yo soy profano en tales cuestiones.

—Bien.... Quizá me sienta con gana de ello. A lo menos, un filósofo convertido (porque Sinesio es aun medio pagano, á mi parecer, y ama la sabiduría de los egipcios) será un espectáculo curioso, y siempre resultará un placer de hablar con un hombre tan famoso é instruido; si bien no de argüir, ni con él ni con nadie.

—¿Por qué?

—Amigo mio, estoy cansado de silogismos, probabilidades, prós y contras. ¿Qué me importa que al pesar las razones aducidas por ambas partes, diez y nueve libras de argumentos cuestionables en contra sean contrabalanceados por veinte de argumentos igualmente cuestionables en pró? ¿No ves que mi creencia de la proposicion victoriosa será proporcionada solo á la libra de exceso, mientras que las otras diez y nueve de nada servirán?

—No lo veo, en verdad.

—Eres feliz, pues. A mí sí que me lo ha hecho ver una experiencia triste



y repetida. No, respetable amigo; yo quiero una fé que no necesite de argumentos; que pueda ó no probarse á satisfaccion de los legistas, la crea yo á mi satisfaccion y obre conforme á ella sin necesidad de racionios de ninguna especie, por un convencimiento idéntico al que tengo de mi identidad personal. No necesito poseer una fé; necesito, sí, una fé que me posea á mí. Y si llego á adquirirla, será por una demostracion práctica como la que me ha suministrado esta tienda.

—¿Esta tienda?

—Sí, esta tienda, dentro de la cual te he visto á tí y á tus hijos ejecutar acciones tan nuevas para mí, el judío, como lo serian para Hipatia la gentil. Os he estado observando muchos dias, y no en vano. Cuando te ví, siendo un esperto oficial, poner tropiezos á tu fuga con admitir heridos en el buque, tu conducta me sorprendió. Pero desde que te he visto, y á tu hija, y, lo mas extraño de todo, á tu hijo Alcibiades, dejando de comer por alimentar á esos miserables, desempeñando en su obsequio dia y noche el oficio de esclavos, consolándolos como nadie en su vida

me ha consolado á mí, no culpando mas que á vosotros mismos, sacrificándoos sin esperanza de fama ni de recompensa, sin pensar en que de esa manera calmais la cólera de algun dios ó diosa; y sí solo porque lo creéis justo.... Cuando he visto esto, y mas aún; y luego, al leer en este libro, he hallado inesperadamente esas mismas grandes reglas morales que vosotros practicais, brotando al parecer, sin conocimiento, como resultados naturales de los grandes pensamientos, verdaderos ó falsos, que los han precedido; entonces he empezado á sospechar que la creencia capaz de producir las acciones que he contemplado estos últimos dias, pudiera contar á su favor, no meramente una leve preponderancia de probabilidades, sino lo que nosotros los judíos acostumbrábamos llamar, cuando creiamos en él.... ó en algo.... el gran poder de Dios.

Mientras hablaba, sus ojos se fijaron en el semblante del prefecto, con la mirada de un hombre atormentado por una terrible lucha interior; siendo tan intenso el ardor de aquella, que ni el viejo soldado pudo resistirla.

—Por eso, prosiguió, ten cuidado con



tus acciones y las de tus hijos. Si, por una locura ó una bajeza, tales como las que he visto en todos los seres humanos hasta ahora en este maldito trato de locos, destruis mi esperanza apenas nacida de que existe algo, donde quiera que sea, que hará de mí lo que sé que debiera y pudiera ser.... Si destruis esa esperanza, repito, por una mala accion, mejor os estuviera asesinar á mi primer hijo.... tan grande odio (odio que solo un judío es capaz de sentir) te profesaré á tí y á los tuyos.

—¡Dios nos ayude y nos dé fuerzas! dijo el anciano guerrero con tono de noble humildad.

—Y ahora, dijo Rafael alegrándose de cambiar de tema despues de tan desusadas frases, debemos considerar seriamente si nos conviene seguir ó no nuestro presente rumbo. Si vuelves á Cartago ó á Hipona....

—Seré degollado.

—Seguro. Y aunque semejante suceso te parezca un bien respecto de tí mismo, sin embargo, si atiendes al daño que pueda resultar á tus hijos....

—Amigo mio, interrumpió el prefecto, agradezco tu indicacion, pero no

quieras tentarme. Al lado del conde le combatido treinta años, y á su lado moriré, como merezco.

—¡Victorio, Victoria! gritó Rafael; ¡ayudadme! Vuestro padre, continuó viéndoles salir de la tienda, está aun decidido á perder su cabeza y aventurar las nuestras, dirigiéndose á Cartago.

—¡Por amor á mí.... por amor á nosotros.... padre! exclamó Victoria colgándose de su cuello.

—Y por amor á mí tambien, respetable señor, dijo Rafael sonriendose dulcemente. No quiero ser descortés hasta el punto de exigir un auxilio que, a lo menos al parecer, te he prestado; pero espero te acordarás de que tengo una vida que perder, y que no está bien en tí que la expongas, como tratas de hacerlo.

—Si tú pudieras ayudar ó salvar á Heracliano, enmudeceria. Mas ahora, por un mero pundonor, destruir cincuenta buenos soldados, que no saben distinguir su mano derecha de su izquierda.... ¿Me permites que les pregunte su opinion?

—¡Quieres excitar un tumulto contra mí? dijo el anciano con severidad.



—¿Por qué no amotinarse contra Filipo ébrio en favor de Filipo sóbrio? Pero realmente te obedeceré... solo que tú habrás de obedecernos.... ¿Cómo define Hersiodes al hombre que ni se aconseja á sí mismo ni toma consejo de sus amigos?.... Por ejemplo, ¿no tienes relaciones de confianza en Cirenáica?

El prefecto no contestó.

—Oyenos, ¡oh padre! ¿por qué no ir á casa de Enodio? Es antiguo compañero tuyo.... y uno de los que desearon bien á esta... á esta expedición... Acuérdate además que Agustín debe estar allí ahora. El iba á darse á la vela para Benice, á fin de consultar á Sinesio y los obispos Pentapolitanos cuando nosotros dejamos á Cartago.

Al oír el nombre de Agustín, el anciano se puso á meditar.

—Cierto; Agustín estará allí, y así nuestro amigo tendrá ocasión de verle. De ese modo también yo le pediría consejo, y si opina que debo volver á Cartago, volveré. Pero ¿y los soldados?

—Respetable señor, dijo Rafael, Sinesio y los magnates Pentapolitanos que, gracias á los moros, no pueden llamar tuyas sus vidas, se alegrarán bas-

tante de darles alimento y paga, como á todos los valientes que acudan á ellos en los momentos actuales con armas. Por lo que toca á mi amigo Victorio, seguro estoy de que emprenderá con gusto una campaña contra los moros.

El anciano se inclinó en silencio. La batalla estaba ganada.

El joven tribuno, que habia estado observando el rostro de su padre con la mas intensa ansiedad, comprendió el ademán y corrió á anunciar el cambio de plan á los soldados. Estos prorrumpieron en gritos de alegría, y en cinco minutos se desplegaron todas las velas, el timón mudó de rumbo y el barco navegó hácia la punta occidental de Sicilia, impelido por un constante Noroeste.

—¡Ah! exclamó Victoria regocijada. Ahora verás á Agustín. ¿Me prometes hablarle?

—A lo menos prometo que todo lo que plazca decir al gran sofista, será oído con paciencia por un hermano en el arte del sofisma. No te enoje el que me valga de esta voz. Acuérdate de que, como mi antecesor Salomón, estoy algo cansado de sabiduría y de sábios, habiendo descubierto que es muy semejan-



te á locura y locos. ¿Cómo pretenderás que crea en hombres, cuando no creo todavía en Dios?

Victoria suspiró.

—Se me figura que no dices lo que sientes. ¿Por qué ese empeño en mostrarte peor de lo que eres?

—Para que las almas generosas como la tuya no se aflijan por hallarme peor de lo que parezco.... No mas sobre este punto, añadiré solo que deseo de corazón que me aborrezcas.

—¿Probaré á ver?

—Eso debe ser obra mia, no tuya. Sin embargo, te daré justo motivo para ello antes de mucho, no lo dudes.

Victoria suspiró otra vez, y se retiró á la tienda para asistir á los enfermos.

—Y ahora, dijo el prefecto dirigiéndose á Rafael y á su hijo, no vayais á formar de mí un juicio equivocado. Yo puedo haber sido débil, como los hombres á mi edad y sin esperanza acostumbran serlo; pero no me tomeis por uno de esos que ceden á la desgracia, por temor de perderse. Dios sabe que deseo mas que nada morir; y que si me he desviado del curso que seguia, es en la inteligencia de que, si Agustin me lo acon-

seja, mis hijos no se opondrán á que vuelva á Cartago y arrostre mi suerte. Lo único que ruego á Dios es, que me conserve la vida hasta que haya colocado á mi querida hija en el asilo seguro de un monasterio.

—¿Un monasterio?

—Sin duda; desde que nació ha sido mi idea consagrarla al servicio divino. Y en tiempos como estos, ¿qué mejor colocacion para una niña sin defensa?

—Perdóname, dijo Rafael, pero soy demasiado torpe para comprender qué beneficio ni qué placer pueda resultar á tu Dios del celibato de tu hija.... A no ser en una suposicion que, habiéndose despertado en mí, precisamente ahora, algunos débiles restos de veneracion y decencia, solo debo permitir que sea expresada por los puros labios de los sacerdotes que carezcan de sexo.

—¿Olvidas que hablas á un cristiano?

—¡No! te lo aseguro. Lo habia olvidado, sí, hasta hace dos minutos, en tu agradable y racional sociedad. En adelante no hay peligro de que vuelva á incurrir en equivocacion tan torpe.

—¿Cómo! dijo el prefecto encendiéndosele el rostro al ver el desprecio con



que hablaba Rafael.... Cuando conozcas algo mas las Epístolas de San Pablo, cesarás de insultar las opiniones y sentimientos de aquellos que los obedecen, sacrificando á Dios sus tesoros mas preciosos.

—¡Oh! ¡conque Pablo de Tarso es quien te dá ese consejo? Te agradezco que me lo hayas dicho, pues me has ahorrado el trabajo de estudiar sus obras. Permíteme, pues, que devuelva por tu mano este manuscrito, dándole muchas gracias de mi parte á esa hija tuya, con cuyo eterno encierro tratas de agradar á tu Dios. De hoy en adelante cuanta menos comunicacion haya entre cualquier individuo de tu familia y yo, será lo mejor.

Y volvió la espalda.

—Pero amigo mio, dijo el buen soldado, disgustado realmente, ¡no te irás! Te debemos mucho, y te amamos demasiado para separarnos de este modo por el capricho de un momento. Si alguna de mis palabras te ha ofendido, olvídala y perdóname, te lo ruego.

Diciendo así, cogió las dos manos de Rafael entre las suyas.

—Mi respetable amigo, contestó el

judío con dulzura, tambien yo te pido que me perdones; y cree que lo que ha pasado no me hara olvidar mi promesa tocante á la prenda.... Pero de ahí no pasarémos. Si he de decirte la verdad, hace media hora que estuve próximo ni mas ni menos que á ser cristiano. Me habia figurado que el Dios de los galileos podia ser, en último resultado, el Dios de los hebreos, nuestros abuelos.... de Adan y Eva, de Abraham y David, y de los demas que creian que los niños y el fruto del vientre eran una herencia y un don que viene del Señor; y que Pablo de Tarso iba acertado en su teoría de que la Iglesia era el desarrollo y cumplimiento de nuestra antigua política nacional.... Debo darte gracias por haberme abierto los ojos y mostrado un error que, sin mi momentáneo embrutecimiento, los frailes y las monjas habrian destruido por el mero hecho de su existencia. Adios.

Y dejando al prefecto petrificado, se retiró al otro extremo del puente, y dijo para sí:

—¡Cómo no conocí yo que este rayo de luz era demasiado repentino y bri-



ante para durar? ¿Cómo no conocí que él, lo mismo que los demas, probaria que es.... un asno?.... ¡Necio! ¡haber buscado sentido comun en una tierra como esta!.... ¡Sepúltate otra vez en el caos, Rafael Aben-Ezra!

Pronunciadas estas palabras, se mezcló con los soldados, y no volvió á hablar al prefecto y sus hijos hasta que llegaron al puerto de Berenice; entonces, poniendo el collar en manos de Victoria, desapareció entre la multitud que poblaba el muelle, sin saberse su direccion.

### CAPITULO XVIII.

Dejamos á Filemon en medio de sus antiguos amigos los godos, buscando dos importantes elementos de humano consuelo, la libertad y una hermana. Halló al fin la primera en un vasto salon donde varios godos estaban holgando y bebiendo, y se retiró al rincon mas próximo, donde permaneció, habiendo olvidado enteramente su último terror

y su rabia, absorto en su nuevo pensamiento. Su hermana, no le cabia duda, se encontraba allí.... Pero ¿cuál de todas aquellas jóvenes era la que habia llegado á ser para él en un momento mas querida, mas grande que todas las cosas del cielo ó de la tierra? ¿La italiana, de formas redondeadas y de hermosos cabellos? ¿La judía, altiva y de nariz aguileña? ¿La copta delicada, morena, de rasgados ojos? ¿La alta y perezosa griega, bajo cuyas negras pestañas lucian subitos relámpagos, que revelaban pensamientos profundos y sentimientos no cultivados, ni siquiera imaginados por ella?.... ¿Seria esta su hermana.... ó aquella otra.... ó la misma Pelagia, mas hermosa y pecadora que ninguna? ¡Terrible pensamiento! Encendiósele el rostro sin mas que ocurrirle; y sin embargo, ¿por qué en lo mas secreto de su corazon ésta era la mas agradable de todas las hipótesis? De repente, sus ideas tuvieron que mudar de rumbo.

—¡Veamos, veamos; hay una riña en la calle! gritó una de las jóvenes con todo el lleno de su voz.

—No pienso moverme, dijo bostezan-